

demasiado, sino que somos nosotros los que hemos hecho poco. Si esto nos parece una exageración, no es culpa suya, sino nuestra.

Así es como, en días de virilidad mayor que en nuestra época, dijo de San Bernardo un poeta:

«En nuestros días de tibieza casi nadie quiere creer en la elevación y en la dificultad de las vías por las cuales ha marchado, no obstante su débil salud. Porque hace ya mucho tiempo que desgraciadamente ha cegado el pecado el océano profundo de la gracia. De tal modo hemos degenerado desde el punto de vista de la virtud, que rehusamos admitir lo que Dios hizo antiguamente en nuestros padres». ⁽¹⁾

Dios sólo es el que impulsa á sus elegidos á las grandes cosas. La debilidad humana, de la que no están exentos los santos, se sustraía de buen grado á su acción, porque sabe demasiado bien, y los demás se lo hacen sentir igualmente demasiado bien, qué carga tan pesada es una misión de confianza dada por Dios.

Jonás huyó y llegó hasta las puertas del sepulcro antes de someterse á lo que otros han interpretado en él como presunción. Jeremías dice: «No nombraré más al Señor, y no hablaré más en su nombre. Pero luego sentí en mi corazón como un fuego abrasador, encerrado dentro de mis huesos, y desfallecí, no teniendo fuerzas para aguantarlo». ⁽²⁾

Santa Coleta rehusó tanto tiempo aceptar la misión de reformar su Orden, que Dios, para castigarla, la hizo sorda y muda. ⁽³⁾ Y el Espíritu Santo declaró con frecuencia á Angela de Foligno que los que experimentan en su conciencia un impulso hacia una perfección más elevada, y no responden á ella, incurren en la maldición de Dios Todopoderoso. Sólo cuando vió la posibilidad de que alguien recibiese de Dios luces extraordinarias y gracias particu-

(1) *Passional*, (Köpke) 401, 6 y sig.

(2) Jerem., XX, 9.

(3) Stephan. Juliac., *Vita S. Colectæ*, 5, 31; cfr. 12, 112.

lares, y, no obstante esto, fuese rechazado más tarde por Él, cedió ella á su impulso interno. ⁽¹⁾

Vese, pues, qué injusticia se hace á los santos, y cuán poco se comprende á los que aspiran á cosas más elevadas y se distinguen de la muchedumbre.

Insúltaseles cuando se dice de ellos que son inteligencias trastornadas, descontentos, perturbadores. Atribúyese esta conducta á su orgullo, y se la interpreta como desprecio del prójimo. Cuando se les ve caminar solitarios por senderos extraviados, se duda de sus virtudes y de su inteligencia. Experimentan ellos mismos angustias mortales en esa lucha terrible entre su repugnancia y el cuidado de la salvación de su alma; entre los que le rodean, que creen hacer á Dios un servicio señalado, si logran reducirlas á la inactividad, y Dios, que los impulsa, les amenaza, y los castiga si no progresan.

Únicamente la conciencia es su consuelo en esta triste situación. Sin ella, se verían perdidos. Obedecen á su voz, y siguen, por el mismo hecho, el llamamiento de ella á las cosas extraordinarias. Pero Dios sabe al precio de qué luchas y de qué esfuerzos sobre ellos mismos logran esto.

«¡Oh Señor!, tu me deslumbrastes al encargarme este penoso ministerio; yo quedé deslumbrado; yo ya me resistía, pero tu fuistes más fuerte que yo, y te saliste con la tuya; yo soy todo el día objeto de irrisión, todos hacen mofa de mí». ⁽²⁾

Todos los que se encuentran en la misma situación, están obligados á exclamar: «Dios de mi corazón: testigo sois de que lo que hago no es ni orgullosa temeridad, ni locura, sino que procuro cumplir fidelísimamente mi deber de conciencia, y practicar la más amarga abnegación. Vos me impulsáis hacia adelante, yo obedezco. Pero bien sabéis cuántas luchas me cuesta mi fidelidad. Juzgad Vos si esto es demencia ó heroísmo. Pronuncio estas palabras sin temor, porque si es heroísmo, á Vos es debido todo el

(1) Arnaldus, *Vita B. Angelæ Fulgin.*, 10, 142.

(2) Jerem., XX, 7.

mérito. El temor de ofenderos es lo que me impulsa á esta lucha, y la fe en Vos es lo que me sostiene en ella. Porque solamente ahora, en este océano de contradicciones en que estoy sumergido, comprendo la verdad de estas palabras: «Ningún corazón, por orgulloso que sea, puede decir que jamás tiene miedo, si no le sostiene la fe de que Dios protege á los que por Él combaten». ⁽¹⁾

7. Las dos especies de heroísmo.—¡Fidelidad á Dios! Esta frase es la clave que explica las acciones heroicas de los santos, aun esas acciones completamente extraordinarias de las que se ha dicho «que era preciso contentarse con admirarlas y no imitarlas». ⁽²⁾

Así es como se escribió de Santa Teresa que sólo tenía dos móviles para todas sus acciones extraordinarias: el temor del pecado y el honor de Dios. ⁽³⁾ Sólo de esto sacaba ella su generosidad, su energía y su valor inquebrantable.

No era ciertamente la ceguera, el fanatismo, ni el amor á lo extraordinario lo que le hacía marchar hacia adelante. Nadie ha amado tanto como ella la vida oculta; nadie ha podido ser más pequeño á sus propios ojos, nadie se ha considerado más indigno, ni más incapaz de todo. Pero ella no pensaba en sí misma; sólo Dios constituía el objeto de sus preocupaciones. De aquí su fuerza de carácter que la hizo superior á millares de hombres. ⁽⁴⁾

Sin embargo, no sólo hay en la vida de los Santos cosas que provocan nuestro asombro; también hay en ellas muchas que podemos apropiarnos. En nuestra propia vida, hay grandes acciones que no tenemos necesidad de procurárnoslas, sino que por sí mismas se producen en nosotros. En otros términos, no sólo hay un heroísmo extraordinario, que, por respeto y timidez, debemos reservar á los Santos, sino que hay también un heroísmo ordinario, sin

(1) Camoens, *Lusiad.*, III, 109.

(2) Bernard, *In nat. S. Victor.*, 1, 2; *In f. S. Mart.*, 12.

(3) Ribera, *Vita S. Theresæ*, 4, 8, 143, 144 (Bolland. Oct. VII, 684).

(4) *Ibid.*, 4, 8, 148 y sig.

el cual no podemos, en ningún caso, alcanzar nuestra perfección. Sin embargo, desgraciadamente, este último es el más difícil de practicar.

Nos referimos, no á ese heroísmo que consiste en las grandes acciones, sino aquel que consiste en padecer y sufrir. Sin él, ningún santo ha llegado á la perfección. Imposible es vivir aquí bajo por modo soportable, y, con mayor razón, hacer perfecta nuestra vida si no practicamos este heroísmo, por lo menos en cierta medida.

Así, vemos que, en la mística, no hay nada ante lo cual deba retroceder un hombre, sino que cada cual obra bien asistiendo á la escuela de los santos, si quiere saber hasta dónde debe llegar para permanecer fiel á Dios y á su conciencia.

8. El mayor heroísmo es el heroísmo en el sufrimiento; siete especies de heroísmo de este género.— Cuando decimos que la constancia en los sufrimientos es el más elevado y sublime heroísmo, evidentemente no hablamos en el sentido del mundo. Ya hemos visto de cuán distinta manera juzga el mundo. ⁽¹⁾ No es, pues, necesario entrar aquí en detalles, tanto más cuanto que nos convenimos entonces de que ignoraba completamente el secreto de la verdadera fuerza.

Cuando el mundo habla de valor, piensa en el ataque, no en la defensa. Ahora bien, soportar valerosamente un choque, es mucho más difícil que atacar con violencia. ⁽²⁾

Los más grandes é ilustres héroes del mundo nos ofrecen de ello multitud de pruebas. Objeto de merecida admiración por su fuerza en el ataque, ó mejor, para hablar con San Agustín, por su dureza, ⁽³⁾ son ordinariamente de una debilidad desdichada desde que las cosas no les salen á medida de sus deseos, ó desde que la desgracia y los sufrimientos se abaten sobre ellos. Á veces resisten aún á

(1) V. Vol. II, Conf. XVI.

(2) Prov., XVI, 32. Aristot., *Eth.*, 3, 6 (9), 6; 9 (12), 2. Thomas, 2, 2, q. 123, a. 3, 6. Antonin., IV, t. 3, c. 2, § 1.

(3) Augustin., *Ps.* 103, 4, 14.

pruebas exteriores, á enfermedades y á pérdidas, pero, de ordinario, sólo es por orgullo. Si la espada de las aflicciones interiores, de la vergüenza, de las decepciones, traspasa su alma, se rinden despiadadamente.

Y, cosa curiosa, allí donde acaba el heroísmo del mundo, no hace más que empezar el del cristiano. Todavía tenemos aquí un campo de acción que la moral puramente humana ni siquiera trata de disputarnos, sino que depone las armas sin haber combatido. Apenas si se atreve á recomendar una sangre fría estoica en los sufrimientos exteriores. En cuanto á ir más allá, ni soñarlo.

Pero, además de la paciencia en el dolor físico, seis empresas más nos esperan en este terreno; y sólo cuando alguien las ha realizado convenientemente, merece ser llamado héroe perfecto.

Desde luego, los que aspiran á la perfección deben estar seguros de que no les faltarán enemigos encarnizados. ⁽¹⁾ Esto es necesario. Forzosamente tendrán que sufrir el choque del mundo, y el que lo tema, no sólo no llegará á la cumbre de la montaña de Dios, sino que ni siquiera alcanzará las primeras pendientes. «Si fuerais del mundo,—dice el Maestro—el mundo os amaría como cosa suya, pero como no sois del mundo, sino que os entesaqué yo del mundo, por eso el mundo os aborrece». ⁽²⁾

Esta persecución por parte de los malos no se da ciertamente sin procurar algunos consuelos sobrenaturales á los discípulos del Salvador, pues ven por ello que se asemejan á su Maestro, y se encuentran en el buen camino.

No obstante, no hay que creer que no sientan la amargura de esta prueba. También ellos son hombres, y sienten humanamente. De aquí que no sea una contradicción que el Espíritu Santo, que mora en ellos, los llene, por una parte, del don de su fortaleza, sin el cual, no podrían soportar estas pruebas, y, de otra, los abandone á toda la debilidad de su naturaleza humana.

(1) Eccl., II, 1. II Tim., III, 12.

(2) Ioan., XV, 19.

Sin duda que Jeremías y Ezequiel se alzaban como muros de bronce y columnas de diamantes ⁽¹⁾ frente al pueblo judío, que huía de ellos como de profetas de desgracia, de abusos y de engaños, que era preciso precaverse de ellos como perjudiciales; pero esto no les impedía experimentar con amargura el gran tormento que es para un hombre verse despreciado como un ser limitado, como un perturbador.

¿Cuántos hay en el mundo que tengan este valor? ¿Quién es el que, colocado en semejante situación, no ve el terrible peligro que el respeto humano oculta en él? ¿Quién dudará de que es preciso sostener una lucha formidable para no ser infiel á su convicción y á su conciencia? «¡Ay Madre mía,—exclama el profeta—cuán infeliz soy yo! ¿Porqué me diste á luz para ser, como soy, un hombre de contradicción, un hombre de discordia en toda esta tierra? Yo no he dado dinero á interés, ni nadie me lo ha dado á mí, y, no obstante, todos me maldicen!» ⁽²⁾

Persistir con constancia en estos trances, he aquí lo que se llama practicar el heroísmo.

Pero lo que todavía es cien veces más penoso, es que sean los parientes los que tengan falsa opinión de nosotros, los que nos desconozcan, cuando nos hacemos sospechosos á personas, cuyo juicio tenemos en mucho, á personas que, desde su punto de vista, abrigan ciertamente invenciones rectas y honradas.

Sin duda alguna que es esta una de las pruebas más dolorosas que puede sufrir el alma. ⁽³⁾ Se necesita para soportarla extraordinaria delicadeza de conciencia. Precisamente en ello hay que buscar la causa por la cual Dios sumerge á casi todos sus elegidos en este mar de aflicciones. Quiere enseñarles á que se desprendan de toda consideración humana, aun de las consideraciones más legítimas.

(1) Jerem., I, 18. Ezech., III, 9.

(2) Jerem., XV, 10.

(3) Harpius, *Theol. myst.*, 2, 1, c. 11; Schram, *Myst.*, § 193; Scaramelli, *Myst.*, tr. 5, n.º 27, 140; Philip. a S. Trinit., *Myst.*, I, tr. 3, d. 2, a. 3.

mas, y á que no se propongan otra cosa que su conciencia como regla de conducta, y á Dios como testigo interior de sus actos. ⁽¹⁾

Así ocurrió con Santa Catalina de Sena. Por especial disposición de Dios, entre todas las personas que amaba, no hubo una que no la molestase. Pena era esta que sentía ella con más viveza que todas las demás; pero precisamente fué esta prueba la que la convirtió en aquella columna inquebrantable que tan sólidamente parecía cimentarse en el amor del Espíritu Santo. ⁽²⁾

Lo mismo puede decirse de casi todos los santos. Para purificar sus intenciones y hacerlos lo más perfectos posible, para templar su carácter, permitió Dios que las personas de bien interpretasen sus esfuerzos para llegar á la perfección como una manía de innovación y una tendencia revolucionaria, su sinceridad en descubrir los males que conocían, como falta de caridad, como una traición, y su celo por la pureza é integridad de la doctrina, como una herejía. Tanto como de ellos se tenía necesidad, preciso era que se prestasen á todas sus exigencias; pero desde el momento en que podían prescindir de sus servicios, se los relegaba á la oscuridad, sin darles ni siquiera las gracias. Allí donde voluntariamente se convertían en anatematos con el Apóstol, ⁽³⁾ preciso era que se aprestasen, como éste, á oírse llamar peste y perturbadores. ⁽⁴⁾ Si triunfaban en cualquier empresa, eran tratados de ambiciosos; si fracasaban, veíase inmediatamente en ello un castigo de Dios.

Cuando tales apreciaciones provienen de personas que uno sabe que aman el bien, son doblemente penosas. Pero esto tritura el amor propio, el respeto humano y todas nuestras mezquinas consideraciones, como en un mortero. Ayuda ello á practicar la humildad, y contribuye á exter-

(1) *Imit. Christi*, I, 12, 1.

(2) Raimund., *Vita S. Cathar. Sen.*, 3, 7, 416 (Boll.).

(3) Rom., IX, 3.

(4) Act. Apost., XXIV, 5.

minar esa desdichada inclinación que nunca puede uno desarraigar por completo, y que consiste en buscarse á sí mismo, ó buscar algo que no es Dios, y únicamente Dios. ⁽¹⁾

Lo que, en tercer lugar, hace todavía más dolorosa esta purificación, es cuando Dios permite que sus siervos, que en todas partes son observados, muestren alguna imperfección, cometan imprudencias y faltas, enuncien ciertos errores, ó, por lo menos, descubran su aspecto flaco y se dejen arrastrar á veces á ciertos actos ocasionados á confirmar á sus adversarios en el juicio que de ellos tienen, y á engañar á los pocos partidarios que lo sostienen todavía. ⁽²⁾

Tres clases de almas experimentan más dolorosamente esto: los espíritus orgullosos, los caracteres rígidos y enteros, los corazones delicados. ⁽³⁾ Pero semejantes pruebas les son muy saludables, y aun necesarias, por cuanto la humildad, base fundamental de toda virtud, debe convertirse en esa roca inquebrantable en la cual pueda Dios levantar su edificio.

Pero todo esto es aun relativamente poco en comparación de las tres tempestades que descargan con frecuencia sobre el alma cuando toca en la cumbre de la virtud, y que ordinariamente la asaltan á la vez.

Cuanto más asciende uno á las montañas, más puro y vivo es el aire, más fresco, y mayor la fatiga.

Hasta aquí, el pobre viajero ha podido creer que estaba seguro de sí mismo. Pero he aquí que en el momento preciso en que estaba á punto de arrancar las raíces más fuertes del mal, se desencadena una tempestad terrible, mayor que las que hasta entonces había hecho nacer el pecado. No parece sino que el mal se haya despertado con una acuidad diez veces mayor que otras veces, que se haya aniquilado todo el bien que el viajero poseía, que han desaparecido todos sus buenos deseos. Extinguida parece

(1) *Imitatio Christi*, I, 12, 1.

(2) Godínez, *Myst.*, 3, 6, 8.

(3) *Ibid.*, 3, 8.

en él toda su fortaleza; su inteligencia es insensible á las dulzuras de la oración; su imaginación está llena de las más bajas y enojosas imágenes; su memoria ha olvidado lo que retenía de las cosas de Dios, y su voluntad es tan perezosa y su corazón tan vacío de toda piedad, que está á punto de dudar de su propia identidad. El que ha experimentado semejante estado, está conforme en que, para caracterizarlo, no hay mejor expresión que la de San Juan de la Cruz: la noche oscura del alma. ⁽¹⁾

Y este es ordinariamente el momento en que los ataques del infierno se desencadenan con una violencia, en comparación de la cual las tentaciones que hasta entonces ha experimentado uno, no eran absolutamente nada. ⁽²⁾

Finalmente, lo más penoso de todo es cuando parece que, al propio tiempo, Dios se ha retirado por completo del alma. ⁽³⁾ Oye entonces ésta por todas partes la burlesca pregunta con que la mujer de Job colmó los tormentos del justo de Idumea: «¿Todavía permaneces en tu simplicidad? ⁽⁴⁾ ¿Dónde está ahora tu Dios?» Y de hecho, no sabía ella qué responder á lo que el mismo Job le contestaba: «Tedio me causa ya vivir. Le diré á mi Dios: No quieras condenarme de este modo. ¿Por qué me ocultas tu rostro y me consideras como enemigo tuyo? Contra una hoja que lleva el viento haces alarde de tu poderío y persigues una paja seca». ⁽⁵⁾

Pero aquí todas las lamentaciones y todas las súplicas son inútiles. Preciso es que el alma se eleve al heroísmo completo.

Purificada de toda confianza en sí misma, privada de todos los consuelos á que estaba acostumbrada en los principios de su ascensión hacia la cumbre de la perfección, desligada de todo lo que no es Dios mismo, preciso

(1) Scaramelli, *Myst.*, tr. 5, c. 3, 28 y sig. Phil. a S. Trinit., I, tr. 3, d. 3.
4. Schram, § 226-237. Godínez, 3, 10, 11. Lejeune, *Theol. ascétique*, 221-225.

(2) Schram, *Myst.*, § 194-225.

(3) *Ibid.*, § 164-187. Godínez-Reguera, I, 3, q. 1, 2.

(4) Job, II, 9.

(5) Job, X, 1, 2; XIII, 24, 25.

es que crezca en Jesucristo para llegar á la virilidad. Sólo cuando ha aprendido á resistir de frente á todos los obstáculos que encuentra en el camino de la perfección, aunque sean tan poderosos como el infierno, á no buscar nada fuera de Dios, ni siquiera la satisfacción personal en su servicio, á honrarle, no para obtener una recompensa en aquel momento, sino sólo porque es fiel en sus promesas, queda terminada su educación.

9. El heroísmo en el sufrimiento como virtud cristiana, y triunfo del Cristianismo.—Sin duda que Dios no impone á todos los hombres semejantes sacrificios, del mismo modo que no los llama á todos á la más alta cumbre de la perfección. Pero el que quiere practicar verdaderamente la virtud cristiana, debe estar dispuesto á pasar por estas pruebas. Ningún cristiano debe ignorar por completo los santos caminos de la cruz.

¿De qué serviría que nuestra fe fuese la ciencia de la cruz, si nuestra vida consistiese en huir de ella?

Fe y vida son inseparables en el dominio de la mística práctica. Sin fe no hay vida; sin vida no hay fe fecunda. Si, pues, la fe descansa en el poder de la cruz, no hay vida cristiana perfecta sin algo de este amor á la cruz con relación al cual creemos haber hecho mucho cuando lo admiramos en los santos.

Pero no es así como se forman cristianos y héroes. En las luchas que es preciso sostener para llegar á la perfección, el mismo Salvador dice que no hay neutros, ⁽¹⁾ es decir, espectadores ociosos. No se reclama de nadie que se conduzca como caballero ó jefe en la pelea; pero todos deben tomar parte en ella de algún modo, y todos deben estar dispuestos á soportar el choque de la batalla.

Tenemos jefe. No podría inspirar más confianza, más entusiasmo, más certeza del triunfo. Él es quien, revestido del manto purpúreo de su sangre, coronado de espinas, plantó, tras terrible lucha, la cruz, como emblema de su victoria y de su causa. No exige de los suyos una lu-

(1) Luc., XI, 23.